

**POTTE-BONNEVILLE, MATHIEU. MICHEL
FOUCAULT, LA INQUIETUD DE LA HISTORIA.
BUENOS AIRES : MANANTIAL, 2007, 287 PP.**

Rafael Farías Becerra¹

Universidad de Chile

rafaelfariasbecerra@gmail.com

Si Mathieu Potte-Bonneville puede presentarnos una lectura que renueva las discusiones acerca de la inquietud que generaba la historia para Foucault, esto en gran medida se debe al hecho de haber desarrollado una lectura inquieta acerca de los gestos escriturales y las prácticas de subjetividad que de manera constante van modificando y reorganizando la obra foucaultiana. En este sentido, pareciera que Potte-Bonneville también hiciera eco de aquella lección filosófica que Foucault extraería de Raymond Roussel, al observar que sus relatos establecían una compleja relación con la obra y el autor, exigiendo para su lectura y comprensión una “conciencia inquieta”.

En los diversos trayectos de este libro, Potte-Bonneville pareciera decirnos que una lectura atenta a la riqueza de la obra foucaultiana, reclama un análisis donde sus múltiples formas de enunciación sean puestas en correspondencia con

¹ Magíster en Filosofía. Mención Axiología y Política. Universidad de Chile. Doctor© en Filosofía. Universidad de Chile-Universidad de Barcelona.

las diversas prácticas de “subjektivización” de los discursos, una vez que ya se ha roto con el sujeto fundador del discurso filosófico. De este modo, las diversas proposiciones de la obra foucaultiana van a demandar para su comprensión el análisis de una serie de *gestos* que finalmente hacen posible la configuración de una ética, inquieta de sus propias prácticas y de las maneras en que se construye y problematiza la historia.

Ya el primer capítulo realizará un análisis riguroso del diagnóstico de la locura moderna, el cual ha sido descuidado por diversos filósofos que han detenido en *Historia de la locura en la época clásica*. La locura moderna no es ni *negativa*, ni *exterior* a la historia, nos dirá Potte-Bonneville, puesto que ha sido *objetivada* por la mirada médica y ha sido *incluida* dentro del sistema de las normas una vez que éstas se han extendido haciendo partícipes a todos los ciudadanos distribuidos en el campo social. De este modo, uno de los principales hallazgos realizados por Michel Foucault, es el haber descubierto que por primera vez una cultura practica una coacción masiva de la locura pensándola de manera *positiva*. La pretensión de positividad del saber médico se presentará entonces como una “artificiosa realidad”, puesto que el enfermo al interior del asilo se transforma en una figura mítica a la vez que en una producción histórica. En otras palabras, la psiquiatría necesitaba crear en el enfermo una naturaleza alienada, para que las normas en cuanto conjunto de saber y prácticas pudieran ejercerse de manera *inmanente*, incorporándose en su objeto y produciéndose en él. *La invención se habrá hecho descubrimiento*, por lo que Potte-Bonneville nos va a hablar de una tensión que recorrerá

toda la obra foucaultiana: desde un punto de vista *ontológico*, el loco necesita ser *profundamente razonable* para que los conocimientos y tratamientos de la psiquiatría lo vuelvan a conectar con su naturaleza inalienable. Sin embargo, desde un punto de vista *práctico*, será necesario que en el enfermo se aloje un principio de diferencia que resista a la uniformización, presentándose como *profundamente loco*, lo que motivará a que se extirpe la singularidad de su locura adaptándolo a la uniformidad moral exigible a todos. Este análisis permitirá entonces alejar a *Historia de la locura* de aquellas críticas que veían en este libro un análisis irresponsable con el sufrimiento de los enfermos y los practicantes de los hospitales, puesto que lo que Foucault precisamente enfatizaba era la imposibilidad de ver que este sufrimiento pudiera ser “ahistórico” y permaneciera “inalterable” en sus formas de ser.

Frente a este diagnóstico moderno de la locura, Potte-Bonneville opondrá entonces la historia de la Sinrazón. Si la profundización en el diagnóstico moderno enfatizaba aún más el carácter *discontinuo* de la historia (Renacimiento, clasicismo y modernidad), la sinrazón a su vez nos mostrará su historia aparentemente *continua*, a partir de aquel momento “constitutivo” en que con Descartes y el Hospital general se la excluye encerrándola. De este modo, la locura con sus “resistencias imaginarias” volverá a aparecer en la obra y vida de distintos escritores y artistas en el transcurso de la historia. No obstante, el tratamiento que Foucault realizará de estas figuras, será distinto de acuerdo el período histórico que se estudie y también en concordancia con los

límites del método arqueológico. En este sentido, el Bosco, Racine, Diderot y Sade serán analizados más detenidamente por Foucault como figuras estrechamente vinculadas con el período al cual pertenecen, no obstante, no sucederá lo mismo con una larga lista de nombres de escritores, artistas y filósofos en los que Foucault no se detendrá mayormente. Hölderlin, Nietzsche, Van Gogh, Artaud, Nerval, Roussel serán invocados de manera “puntual y explícita”, debido a que a partir de ellos no es posible definir o diagnosticar una época, por lo que su función será más la de reiterar una pregunta decisiva: “¿Por qué no es posible mantenerse a distancia de la locura?”, ¿Por qué ella siempre tiene que ser o termina por ser olvidada?, nos dice en otra parte Foucault. Los límites de la arqueología, nos dirá Potte-Bonneville, radican en que Foucault no puede hacer el diagnóstico del propio momento histórico en el que se encuentra, por lo que ha decidido incorporar su rostro en el conjunto de escritores, pensadores y artistas que se han vuelto locos o se han relacionado con la locura por medio de sus obras.

Historia de la locura entonces aparecerá atravesada por una fisura que la divide en dos. Constituida, tanto por el diagnóstico moderno de una locura positiva y objetivada por la psiquiatría, así como por la historia de una sinrazón exterior que trasciende a la historia.

La segunda sección de este libro realizará también una detallada descripción acerca del problema de la subjetividad en Foucault; sin embargo, ésta no será suscrita únicamente al “último” período en que la cuestión del sujeto aparece mayormente tematizada por este pensador. Potte-Bonneville

volverá a examinar los distintos análisis sobre el sujeto, así como el funcionamiento que los distintos posicionamientos de sujeto asumen en el discurso foucaultiano, tanto en el método arqueológico y genealógico, así como en el análisis de las prácticas de subjetividad que aparecen en *El uso de los placeres* y *El cuidado de sí*. Ahora bien, Potte-Bonneville nos dirá que hasta antes de *La voluntad de saber*, la obra de Foucault estará recorrida por un doble movimiento que, por una parte, busca reducir cada vez más la posibilidad de un sujeto fundador –incluso al tratarse de prácticas y estrategias– y, por otra, dar otro estatus a la forma de subjetividad, es decir, no renunciar a lo subjetivo allí donde ya no existe su fundamento.

El método arqueológico abordará principalmente la cuestión del sujeto de dos maneras. La primera de ellas planteará que el sujeto es más bien un *efecto* de la historia y de los discursos, figura incidental y pasajera, puesto que la arqueología tiene como efecto extrínseco el hecho de querer deshacerse de “sujeciones antropológicas”. Una segunda manera de abordar el sujeto, tendrá relación esta vez con la experiencia o el pensamiento del *afuera*, que Foucault encuentra en las obras de Blanchot, Bataille y Klossowski. De este modo, la arqueología podrá descansar en un doble postulado que la literatura podrá sostener y garantizar. Por un lado, la literatura testimoniará, antes de la intervención del filósofo, un borramiento del sujeto de la escritura y, por el otro, ella podrá atestiguar la posibilidad de un discurso sin sujeto. Sin embargo, para que este pensamiento del afuera pueda constituir una “experiencia” tendrá que ser vista como un

“entre dos”, es decir, como la *atracción* al punto “indefinidamente retardado” en que el sujeto avanza hacia su desaparición.

Hacia principio de los años setenta, Foucault va a inscribir la práctica arqueológica en el contexto más general de las luchas políticas, por lo que deshacer el horizonte de la subjetividad se impondrá más como una exigencia colectiva que como una experiencia singular. Por un lado, Foucault afirmará que el discurso puede tener una eficacia política debido a que en el fondo es una práctica más entre otras (“Práctica del discurso revolucionario”). La política entonces se ubicará del lado de la materialidad del lenguaje en cuanto éste excede a quienes lo enuncian y se encuentra en contacto con la realidad social. Por otro lado, Foucault reprochará a sus adversarios el hecho de querer mantener la primacía del sujeto por razones políticas. Sin embargo, los acontecimientos de mayo de 1968 llevarán a Foucault no tanto a felicitarse por la desaparición del sujeto, sino a inquietarse cada vez más por su solidez y resistencia. Potte-Bonneville nos dirá que para el genealogista el sujeto es más difícil de soslayar, no porque éste sea más esencial, sino porque “es *producido* más que *depositado*”, porque encuentra sus condiciones en el seno de las prácticas sociales y ya no en la superficie del discurso. Es así que el sujeto dejará de ser el efecto discursivo, para transformarse más bien en el elemento de una batalla.

Pronto veremos que, tanto *Vigilar y castigar* así como *La voluntad de saber*, asumirán distintos preceptos. Por una parte, en *Vigilar y castigar* el poder funcionará como un

“mixto”, donde la función normalizadora aparecerá como condición de posibilidad del orden legal. La noción de “sujetamiento” entonces, supondrá un movimiento que desplaza la perspectiva jurídica clásica hacia el horizonte “micropolítico”, donde el sujeto primeramente será *producido* por una multiplicidad de técnicas que lo normalizan, para luego ser víctima de una “coacción calculada” producto de una dimensión coercitiva e instrumental del poder disciplinario. Por otra parte, *La voluntad de saber* invertirá el precepto anterior, mostrándonos que la función negativa de la interdicción se adaptará a la función normalizadora del poder, por lo que la ley ahora contribuirá a producir un sujeto normado. En otras palabras, señala Potte-Bonneville, en *La voluntad de saber* se establece una “subsunción sin resto” de la interdicción de la ley bajo la norma biopolítica. De allí que este concepto de biopolítica designe no sólo una descripción del poder *sobre* la vida, sino sobre todo la noción de un poder que se ha hecho *inmanente* a aquello que norma, es decir, que ha incorporado sus procedimientos al mismo movimiento de lo que está vivo. Por ello la noción de “sujetamiento” deberá ser vista también, como una serie de “reenvíos internos” entre el ejercicio de un poder inmanente y productor de un sujeto, y una referencia a la ley que dinamiza y relanza de manera indefinida el mandado de reconocerse. De esta manera, tanto la noción de genealogía, así como la posibilidad de las resistencias tendrán que observarse en una articulación o movimiento táctico entre la función de la ley y la función de las normas.

Tras una desaparición de seis años con respecto a su última publicación en 1978, Foucault habrá renovado sus

conceptos y cambiado su pregunta directriz para concentrarse en *El uso de los placeres* (1984) en el concepto de “subjetivación”. Este concepto ya no excluirá la referencia a la ley y el problema de la verdad, más bien, según Potte-Bonneville, el análisis de una “constitución de sí” se intenta por una vía intermedia, que evita, por un lado, mantenerse en la estricta inmanencia de las prácticas o pensar sin la ley, postulando, por otro lado, sujetos de derecho que al mismo tiempo pretenden no ser definidos e identificados. De allí la importancia –política– de la noción de *uso*, puesto que al mismo tiempo que las reglas son invocadas o utilizadas, los individuos rompen con ellas, evitando el riesgo de ser etiquetados por la ley que se utiliza.

Por otra parte, Foucault concentrará sus intereses en realizar una “genealogía” del “hombre de deseo”, intentando desplegar la pluralidad de “juegos de lo verdadero y lo falso” que han sido históricamente envueltos en “la constitución de sí mismo como sujeto”. De allí que la subjetivación sea llevada al plano de la *ética*, donde Foucault articulará las dimensiones relacionadas al código moral y a las conductas sociales. La “constitución de sí mismo como sujeto moral”, supondrá entonces excluir la posibilidad de un sujeto fundador preexistente, puesto que éste no es independiente a los “modos” en que los individuos han establecido históricamente una relación con la regla. Del mismo modo, “el trabajo ético” se remite a diversas “maneras” o “formas” de elaboración de un sujeto. La expresión “no hay sujeto moral sin formas de subjetivación”, no querrá decir entonces que el sujeto esté *afectado* por distintas modalidades, sino que estas

modalidades son las que producen sujeto en tanto ellas se producen a sí mismas como formas de subjetivación.

La constitución de un sujeto moral requerirá de una serie de acciones en las que se observe cierta conducta, cierto *modo* de conducirse, el que a la vez no se encontrará fuera de las acciones que modifican su recorrido. Ahora bien, esta “autonomía” de la conducta, como constitución de sí mismo, no se entiende si se la exceptúa de cualquier tipo de contingencia, más bien, ella es inseparable de las transformaciones del juego político, puesto que el sujeto no tiene otra opción que definir su soberanía, ya sea con su indiferencia o situándose más allá de las apariencias del poder. En este sentido, la elaboración de las conductas no constituye una manera en que los individuos pretenden justificar superficial o ilusoriamente su sujetamiento a las reglas, sino que radica en una afirmación de libertad. Dicha libertad se encuentra inserta en el desarrollo de un proceso histórico, cuyas determinaciones exceden la iniciativa individual, sin presuponer por ello, ninguna ley. Pensadas así las conductas, éstas abren la posibilidad de una acción que ya no esté sometida a ningún código o regularidad monótona de comportamientos, atestiguando asimismo las riquezas de las formas de constitución de sí. En definitiva, el sujeto podrá ser todo lo libre que la historia le permita ser, señala Potte-Bonneville, no en el sentido de un permiso, sino a partir de la posibilidad concreta por la cual un sujeto puede actuar/pensar de otra manera, cuestión de la que Foucault habría sido sensible en la modificación de cada una de sus obras.